

TIEMPO DE PERIODISTAS

EL odio a los periódicos es un enmascaramiento del odio a la realidad. (A veces, es un odio a la irrealidad: pero entonces se sabe.) Antes existía la sana costumbre de estrangular al mensajero que trala noticias que no eran del agrado del todopoderoso que las recibía. Era una manera infantil de estrangular la noticia. Luego, no mucho más tarde, se inventó la censura, que era la forma de estrangular la noticia. Pero la noticia no es nunca más que la apariencia del hecho, y al hecho no hay quien le estrangule. Sobre toa cuando no se quiere uno enterar de él. El avestruz no quiere enterarse y oculta su cabeza: censura el peligro exterior. Y el peligro se la come.

Pero unos cientos de miles de años no han conseguido todavía que el hombre deje de ser infantil. Es decir, lo que llamamos infantil, que es lo contrario de lo que son los niños. Los niños siempre quieren enterarse, y lo preguntan todo. No hay niño que no quiera saber. La costumbre de nuestras sociedades quiere que no se le explique nunca aquello que de verdad le interesa y que se le haga aprender aquello que no le importa. Se llama educación. Este sistema no cesa jamás en la vida del hombre.

Siempre he creído que los censores no tapan las noticias y las opiniones para que no se enteren los demás, sino para no enterarse ellos mismos. A los censores no les suelen importar mucho los demás. Los mayores represores han sido siempre los más reprimidos. Los psicólogos saben que quienes más gritan contra los homosexuales son aquellos que tienen lo que se llama una veta. Como los que con más gritos reclaman la castidad universal son los que más arden en las noches solitarias.

"Yo no quiero saber nada" es una frase muy española. El hombre que la grita pasea su ufanía, su irresponsabilidad, su ignorancia, su cerrazón. ¡No saber nada y que no se sepa nunca nada! Es una forma de querer no pase nada. "Nunca pasa nada", decía el título de una magistral película de Bardem. Pero la realidad es que siempre pasa algo. Y en aquella misma película se veía pasar. Por lo menos, pasa el tiempo. Y nosotros pasamos por el tiempo; como no sabemos hacerlo nuestro, lo despreciamos.

Los periodistas están ahora empeñados en hacer que se vea cómo pasa el tiempo, cuál es su medida. La parte inmóvil de nuestra sociedad cree que no enterándose, el tiempo no pasa. Ese sector trágico y hasta conmovedor de los tristes peterpanes del inmovilismo, que no han querido crecer, ni enterarse, ni saber, quieren quemar la prensa. De hecho, a veces los más exaltados hacen una fogata al pie de un aterrado y maldiciente quiosquero. No saben que algo suyo se quema. Como los inquisidores quemaban, en otros, su propia herejía que les aterraba.

¡Tiempos difíciles! Tiempos en que los jóvenes de esta profesión quemada, rota, desgarrada, mal entendida, están dando lecciones a sus mayores. Tiempo en el que todos aprendemos de todos...

POZUELO

de periodistas. El tercer turno le correspondió a Martín Arnoriga. En la línea de la defensa del secreto profesional, exhortó a defender a Rodrigo Vázquez Prada. Hizo un elogio de su compañero que había gastado tantas horas en defensa de los intereses de los periodistas desde su puesto de directivo de la Asociación. Fue dada la palabra posteriormente a César Alonso de los Ríos. "Esta huelga —dijo— es una huelga eminentemente ética, una huelga no interesada, sino de carácter social, ya que mediante ella se defiende un derecho básico para el periodista y, por tanto, para la libertad de información. No tengamos miedo a la huelga —terminó—, sino a las amenazas que pesan sobre el ejercicio de la profesión, tengamos miedo solamente a la falta de libertad de información". Consumió el turno de informaciones, Federico Ysart, redactor de "Cambio 16" y de "Nuevo Diario". Aunque hizo suyas las palabras de César Alonso, derivó a un ataque a la huelga como respuesta de la profesión. Manifestó sus dudas de que estos momentos, aquí y ahora, fuera lo más conveniente y práctico.

"Que traigan las urnas", pidió el presidente. Las urnas, las nefastas urnas, cuyo mejor destino es, para algunos, ser rotas, provocaron una reacción inmediata en algunos asambleístas. Gibello se adelantó al micro y profirió, ante las protestas de la sala, lo que algunos entenderían como amenazas. La huelga es ilegal y él, como director de "El Alcázar", jamás permitiría que se sometiera a votación. Fuera de turno, también, tomó por momentos el micro Miguel Ángel Aguilar para llamar la atención sobre las repercusiones graves que podría tener el desencadenamiento de una huelga.

Y los casi cuatrocientos asociados, excepto unos cuantos que salieron de la sala, comenzaron a votar sobre unas papeletas en las que se planteaban tres cuestiones:

— ¿Se considera necesario el reconocimiento del secreto profesional?

— Vías para conseguir ese reconocimiento, así como para la defensa de Rodrigo Vázquez Prada.

a) Proposición de ley y gestiones.

b) Huelga, además.

c) Otras.

A las doce de la noche el pre-

sidente leía el resultado del escrutinio. Trescientos setenta votantes a favor del reconocimiento del secreto profesional. Siete asociados habían votado en contra. Ciento setenta y nueve eran partidarios de la proposición de ley. Doscientos siete, partidarios de la huelga y proposición de ley. Un planteamiento confuso en las preguntas había permitido que algunos votaran en las dos casillas, a) y b). De haberse efectuado bien la votación, el número de votantes a favor de la huelga habría obtenido un margen más amplio. De todos modos, la huelga había obtenido una respuesta favorable. Durante unos minutos la asamblea aplaudió en pie. La votación era vinculante para los casi cuatrocientos asistentes a la asamblea. Por supuesto, vinculaba moralmente a los medios de información, y, sobre todo, a la "Hoja del Lunes", órgano de los periodistas. Sin embargo, la huelga, decidida para los periódicos de la tarde del sábado y los del domingo, no llegó a cuajar.

El público, que no conoce la mecánica de los periódicos, de la radio y la televisión, y que no conoce tampoco la composición de las Redacciones, no se explica aún cómo una huelga decidida en la Asociación de la Prensa no ha conseguido vincular a los asociados. En una nota a la opinión pública "de la comisión coordinadora de la huelga de periodistas", titulada "Paran los periodistas, aunque salen los periódicos", se han explicado estas razones que el público no entiende: "Los periodistas de Madrid, en huelga por el reconocimiento del secreto profesional y por el sobreseimiento de los procesos incoados a nuestros compañeros Vázquez Prada y García Herrera, nos dirigimos directamente a la opinión pública como única vía de que ésta se encuentre informada verazmente sobre el significado y alcance de nuestra huelga. Los medios informativos diarios de Madrid, de siempre mediatizados por las limitaciones a la libertad de expresión existentes en nuestro país, han difundido una información tendenciosa o han ocultado la real dimensión de la huelga...". De este comunicado se desprende un hecho bien conocido por los profesionales: una cosa son las Redacciones y otra las Direcciones. Y éstas siempre cuentan con una base mínima para, en casos como este, sacar los periódicos a la